

desde que aquella recaída de su enfermedad del pecho, junta con la terrible decepción de su amor, le tenían allí clavado en su cama, no dormía, pero apartábase á propósito de la vida que le rodeaba, encerrándose en un mutismo que la misma calentura y sus alucinaciones no conseguían vencer. Sus ojos, vueltos hacia el techo de la alcoba, permanecían abiertos durante todo el día, y si la pared, la sombría pared, arrugada y resquebrajada como una cara de viejo, hubiese podido hablar, hubiese contado que en aquella mirada de sonámbulo había escrito en letras de fuego:

“Desgracia completa..... desesperación sin límites....” Unicamente la pared veía aquello, pues el desgraciado no se quejaba nunca. Hasta trataba de sonreír á su robusta enfermera cuando ésta le llenaba de jaropes abrasando y de amables palabras. Así es como pasaba sus largos días solitarios, en donde venía á buscarle el ruido del trabajo hasta en su buhardilla, para hacerle maldecir su forzosa inacción. ¡Por qué no era él valiente y fuerte como otros para resistir á los desencantos de la vida!... Pero ¿para quién trabajar ya? Su madre se había marchado, y Cecilia ya no le quería. Estas dos figuras de mujer le obsesionaban, no se apartaban de su imaginación. Cuando desaparecía la sonrisa alegremente indiferente de Carlota, el rostro puro de Cecilia envuelto como en un velo por su negativa, se erguía delante de él, y Jack permanecía allí, anonadado, incapaz de una palabra ó de un gesto, mientras el latido de sus sienes y de sus pulsos, su respiración fatigosa, los accesos de tos ruda, se rimaban con la agitación que le rodeaba, el soplo del viento y de la chimenea, el ruido de los omnibus sacudiendo el suelo

de la calle, el ronquido monótono de una maquinilla de tejer en la buhardilla vecina.

Al siguiente día de esta conversación, junto á la cama de Jack, cuando la repartidora de pan, al volver de su obligación con el delantal blanqueado por la harina, entró en el cuarto para saber cómo había pasado la noche el enfermo, quedóse atónita al ver un gran espectro en pie, ya vestido, discutiendo con Belisario delante de la lumbre de la chimenea:

—¿Qué ha pasado?... ¡Cómo! ¡Se ha levantado usted!

—Ha querido levantarse, dijo el vendedor ambulante con acento de verdadera tristeza. Quiere ir al atrio de Nuestra Señora.

—¡Al atrio de Nuestra Señora!... exclamó la pobre mujer. ¿Y para qué?... ¿Le falta á usted algo aquí? ¿Qué le falta?

—Nada, nada, mis buenos amigos..... Sois dos corazones generosos y llenos de abnegación. Pero me es imposible permanecer aquí más largo tiempo. Os ruego que no me retengáis. Necesito marcharme.... Quiero marcharme.

—Pero ¿cómo se las va usted á componer, mi pobre compañero, débil como se encuentra?

—¡Oh! Algo torpón estoy. Pero cuando hay que echar á andar, se anda. Me apoyaré en el brazo del buen Belisario. Así me paseó en las calles de antes un día en que estaba aún algo más flojo que hoy.

Ante una voluntad tan firme, no había medido de titubear. Abrazó Jack á la mujer de Belisario, y bajó, sostenido por éste, después de haber echado una tristísima mirada de despedida á aquel cuartito, en donde tan her-

mosas horas había pasado, en donde había acariciado tan hermosos ensueños, y que estaba seguro de no volver á ver.

En aquella época, el despacho central estaba situado enfrente de Nuestra Señora de París; un monumento cuadrado, gris y de aspecto triste, al que se subía por algunos peldaños. Para llegar hasta allí desde las alturas de Menilmontant, ¡qué largo les pareció el camino! Detuviéronse varias veces, en los ángulos de los puentes, en los bancos, pero no mucho tiempo, pues era muy vivo el frío.

Bajo el cielo, bajo y pesado, de Diciembre, el enfermo parecía más pálido, más desfigurado que en su habitación. Sus cabellos estaban cubiertos de sudor, caídos por el esfuerzo de la marcha; y parecíale, con su gran debilidad, que todo daba vueltas, las casas negruzcas, los arroyuelos, las caras de los transeuntes condoliéndose de la triste pareja que formaban el vendedor ambulante y su compañero.

En ese París brutal, bullicioso, en el que la existencia se parece á un combate, habríase dicho un herido caído durante la acción, y al que llevaba á la ambulancia un compañero bajo las balas y la metralla, antes de volver á tomar él parte en el peligro.

Era aún temprano cuando llegaron al despacho central. Sin embargo, ya estaba llena la vasta sala de espera; una muchedumbre esperaba sentada en los bancos de madera, alrededor de una inmensa estufa roja que lanzaba potente resoplido.

Reinaba allí una atmósfera sofocante, pesada, soñolienta, que comunicaba el mismo descorazonamiento á toda la asistencia, á los desgraciados, llegando sin tran-

sición del frío de la calle á aquella especie de invernadero, á los empleados que allá en el fondo escribían detrás de una puerta de cristales, y al mozo de sala llenando la estufa con ademán de profundo cansancio. Cuando entró Jack, cogido del brazo del buen Belisario, todas las miradas se volvieron hacia él, enemigas é inquietas.

“¡Vaya... ya viene otro!...” parecían decir. En efecto: es tal la aglomeración en los establecimientos hospitalarios, que por más esfuerzos que haga la caridad, siempre hay más enfermos que camas para recibirlos. Y es que es un diestro fabricante de desgracias ese París feroz, y las inventa asombrosas, imprevistas, complicadas, con ayuda del vicio, de la miseria y de todas las combinaciones que traen consigo los elementos de sufrimiento. Había allí numerosas muestras de su habilidad ostentándose misérrimas sobre aquellos bancos especiales, en aquella sala del atrio. A medida que iban entrando, los separaban en dos categorías; de un lado los heridos, los que las ruedas de los talleres, los engranajes de las máquinas de vapor, los ácidos de los tintes hieren, magullan ó abrasan, ciegan, desfiguran; del otro, los que tiritan de calentura, los anémicos los tísicos miembros ateridos, ojos vendados, toses diversas, cavernosas, agudas, que parecían obedecer á un compás y herir el aire á un tiempo cual instrumentos de una desgarradora orquesta.

¡Y qué harapos, qué calzado, qué sombreros, qué mantones! La lógica en lo que tiene de horrendo; rotos, llenos de lodo, flecos salpicados de agua sucia, pues la mayor parte de aquellos desgraciados habían venido á pie, arrastrándose como Jack.

Todos, todos ellos, esperaban con profunda angustia

la llegada del médico, quien iba á entregarles, ó no, una tarjeta para que los recibiesen en un hospital. Así es que habia que oírles hablar entre sí de sus enfermedades, exagerándolas á propósito, tratando de persuadir á sus vecinos de que estaban mucho más enfermos que ellos. Jack escuchaba aquellas lúgubres conversaciones, sentado entre un hombre hinchado y con miembros delgados, que tosía violentamente, y una desgraciada mujer, joven, envolviendo en un chal negro una sombra de cuerpo, una cara estrecha cuya nariz y cuyos labios estaban tan pálidos, que sólo los ojos parecían tener alguna vida, ojos desencajados por la visión de la última hora que se acercaba. Una vieja con una cofia de lana en la cabeza y una cesta debajo del brazo, ofreciales bizcochos, pastelillos llenos de polvo y duros, á aquellos infelices abrasados por la calentura, á aquellos moribundos, rechazada por todos, y continuando su jira silenciosa. Por fin, se abrió la puerta, y un hombrecillo nervioso y seco apareció.

¡El médico!

Hízose un silencio profundo en aquellos batcos, en los que redoblaron las toses, tomando las fisonomías una expresión de profunda ansiedad. Mientras, se calentaba las manos sobre la placa del calorífero, é inspeccionaba el doctor los enfermos colocados á su alrededor, con esa mirada del sabio, escrutadora y firme, que inquieta á los borrachos y á los impuros. Luego principió la visita, seguido del mozo que entregaba los billetes de entrada para los hospitales. ¡Qué alegría en aquellos desgraciados cuando eran admitidos! ¡Qué desilusión, qué súplicas cuando les decían que no estaban bastante enfermos!

El examen era breve y algo brutal, pues habia mucha gente, y los infelices no cesaban de hablar de sus males, contando cosas que no tenían importancia para el médico.

No puede la gente figurarse la ignorancia, el embrutecimiento, la inocencia de ese pueblo, cortado hasta para decir un nombre, unas señas que haya de dar, temiendo siempre comprometerse, y cuya timidez divaga luego sobre cosas indiferentes.

—¿Y usted, señora, qué es lo que tiene?, pregunta el médico á una mujer á cuyo lado está un niño de doce años.

—No soy yo, señor, es mi hijo.

—Bueno; ¿y qué tiene su hijo de usted? Vamos, pronto.

—Está sordo, señor.... Eso le sucedió de una manera....

—¡Ah! ¿Está sordo?.... ¿Y de qué oído?

—De los dos principalmente, señor.

—¿Cómo principalmente?

—Sí, señor.... Vamos, Eduardo, levántate cuando te hablan.... ¿De qué oído estás sordo?, díjole al chiquillo, sacudiéndole para que se levantara.

Pero el chiquillo guarda un mutismo idiota.

—¿De qué oído estás sordo? repite la madre gritando.

Y al ver el atontamiento del pobre enfermo:

—¡Ya ve usted, señor! Es—como le digo á usted,—de los dos principalmente.

Más lejos, dirígese el médico al hombre gordo con miembros delgados, vecino de Jack:

—¿Qué le duele?

—El pecho, señor . . . todo esto me abrasa.

—¡Ah! Le quemá á usted el pecho. . . . ¿No suele usted beber un poco de aguardiente?

—¡Oh! nunca, señor mío. . . . dice el otro indignado.

—¡Ah! ¡Muy bien! ¿Con que no bebe usted aguardiente? ¿Y vino?

—Sí, señor, cuanto necesito.

—¿Y cuánto necesita usted? . . . Supongo que serán algunos litros.

—Eso depende de los días, de las ocasiones.

—Sí, ya comprendo. . . . Por ejemplo, los días de paga. . . .

—¡Hombre! Los días de paga, de sobra sabe usted lo que pasa. . . . Se reúne uno con los amigos. . . .

—Justamente, los días de paga se emborracha usted. . . . Usted es albañil, cobra usted cada ocho días; de modo que, por lo menos cuatro veces al mes, está usted hecho una uva. . . . Perfectamente. A ver la lengua.

Y por más que protesta el borracho, tiene que confesar, pues se las tiene con un verdadero juez de instrucción.

Cuando llegó el doctor delante de Jack, le examinó el médico con cuidado, preguntándole que cuántos años tenía, y si hacía tiempo que estaba enfermo. Jack contestó con esfuerzo, con una voz que parecía un silbido; y mientras hablaba, Belisario, colocado detrás de él, guiñaba los ojos y adelantaba sus gruesos labios.

—Vamos á ver, hijo mío, dijo el médico aplicando su oído sobre las ropas mojadas del enfermo como para auscultarle. . . .

—¿Y ha venido usted á pie?

—Sí, señor.

—¡Es extraordinario que haya usted podido andar en el estado en que se encuentra! . . . Le ha sido preciso una terrible energía. Pero le prohíbo que recomience. Le van á usted á llevar en una camilla.

Y volviéndose hacia el empleado que escribía los billetes:

—Caridad. . . . Sala de San Juan de Dios.

Y sin añadir palabra, continuó su inspección.

Entre las mil visiones rápidas y confusas, que pasan por delante de la vista en el movimiento de las calles de París, que se suceden, borrando una á la otra, ¿halláis nada más punzante que esas camillas colgadas, cubiertas con un toldillo de lienzo rayado, mecidas por dos hombres, uno delante y otro atrás? Aquella es en parte cama y en parte tumba; y la forma vagamente dibujada allí debajo, abandonada á las sacudidas de la marcha, nos hacen soñar siniestramente. Hay mujeres que se santiguan al ver eso, como cuando pasa un ataúd. A veces, va sola la camilla, pero también una madre, una hija, una hermana, con los ojos húmedos por esa humillación de la enfermedad indigente, siguen á esa agonía que anda.

Así escuchaba Jack junto á él, al lado de los hombres que llevaban la camilla, el paso desigual del bueno del vendedor ambulante, quien, de cuando en cuando, le cogía la mano para probarle que no estaba completamente abandonado.

De sacudida en sacudida, soñoliento y rendido, llegó el enfermo al hospital de la Caridad, á la sala de San Juan de Dios, situada en el segundo piso en el fondo del patio segundo. Una sala triste, con un techo soste-

nido por columnas de hierro colado y cuyas ventanas dan por un lado al patio sombrío, y por el otro, á un jardín profundo y húmedo; veinte camas al lado una de otra, dos grandes butacas junto á una enorme estufa, una mesa y un inmenso aparador, cubierto de una tapa de mármol. Tal es el sitio.

Al entrar Jack, cinco ó seis fantasmas con grandes batas pardas y gorros de dormir interrumpieron una partida de dominó silenciosa para ver pasar al recién llegado. Otros, que se calentaban, se apartaron. Únicamente un ángulo claro de la pieza inmensa, el despachito con cristales en donde estaba la Hermana, y delante, un altar de la Virgen, gracioso y fresco, con sus encajes, sus flores artificiales, sus candeleros guarnecidos de cera blanca, y su madona de estuco, cuyos brazos, en anchas mangas flotantes, se desviaban de su vestido cual si fueran alas. Vino la hermana junto á Jack, y con una vocecilla muy aguda y monótona, cuya resonancia parecía absorbida por la cofia y el velo:

—¡Oh! ¡Pobrecito, qué enfermó debe estar! Pronto, acostarle . . . No tenemos lecho, pero el último, allá, estará pronto vacío. El que lo ocupa está muy mal. Y mientras tanto, vamos á ponerle una cama de tijera.

El enfermero colocó la cama junto á la que pronto iba á quedar vacía, y de la que se escapaban sordos gemidos, largos suspiros, que resultaban aún más lúgubres por la indiferencia descorazonada con que cada uno los escuchaba. Aquel hombre iba á morir; pero estaba Jack demasiado enfermo, demasiado absorto, para darse cuenta de tan triste vecindad. Apenas si oyó á Belisario decirle “¡adiós!” prometiéndole volver al día siguiente; luego; un ruido de marmitas y de platos,

ocasionado por la distribución de la sopa, y después un cuchicheo junto á su cama, en el que se trataba de un tal “once duplicado,” que, según decían, estaba muy enfermo. El era á quien así designaban. Ya no se llamaba Jack, sino el “Once duplicado” de la sala de San Juan de Dios. A falta de sueño, sentíase ya entumecido, anonadado por su gran cansancio, cuando una voz de mujer, tranquila y clara, le produjo ese espanto que ahuyenta el primer sueño.

—¡La oración, señores!

Y Jack entrevió vagamente, junto al altar, la sombra de una mujer arrodillada en los pliegues groseros de su vestido de paño burdo; pero en vano trató de seguir su voz muy viva, algo cantante, y que caía de aquella boca acostumbrada á la plegaria, sin paradas ni suspiros. Sin embargo estas últimas palabras llegaron á su oído atentó: “Proteged, Señor, á mis amigos, á mis enemigos, á los prisioneros, á los viajeros, á los enfermos y á los agonizantes”

Jack se durmió entonces con sueño febril, agitado, en el que se mezclaban los quejidos de la vecina agonía con la visión de prisioneros sacudiendo sus cadenas y de viajeros caminando sobre un camino sin fin.

. . . . El mismo es uno de esos viajeros. Va por aquella carretera que se parece á la de Etiolles, más larga, más sinuosa, y alargándose á cada paso. Cecilia y su madre le preceden, sin querer esperarle; y distingue él entre los árboles el vuelo de aquellos dos vestidos. Lo que le impide juntarse á ellas, son enormes máquinas colocadas á lo largo de los fosos, espantosas, lanzando terribles resoplidos, y cuyas bocas abiertas le envían

un aliento abrasador. Allí están todas, las sierras de vapor, las cepilladoras, moviendo sus bielas, sus ganchos, sus émbolos, en medio de un formidable ruido de martillos de fragua: Jack, tembloroso, se decide á pasar en medio de ellas; lo cogen, lo levantan, lo desgarran; pedazos de su carne vuelan con pedazos de su blusa de trabajo; sus piernas son abrasadas por metales en fusión, y queda todo su cuerpo envuelto en brasas que penetran hasta dentro de su pecho. ¡Qué horrible lucha para salir de allí, para refugiarse en el bosque de Senart, cuyos límites rodean aquel caminito mal-

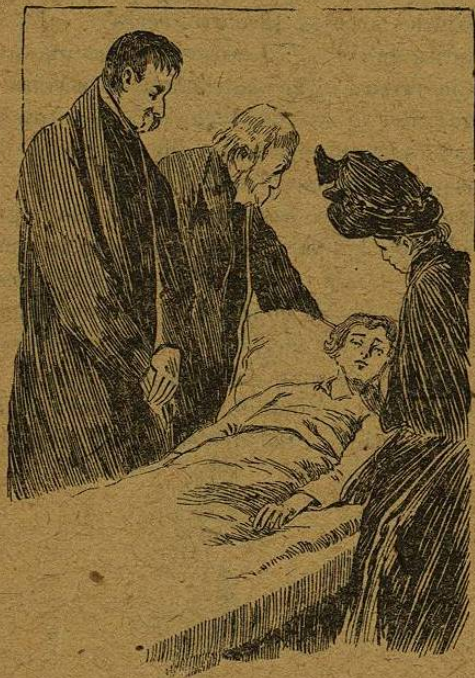


dito!... Y he aquí que, bajo la frescura de los grandes árboles, vuélvese Jack pequeñito.

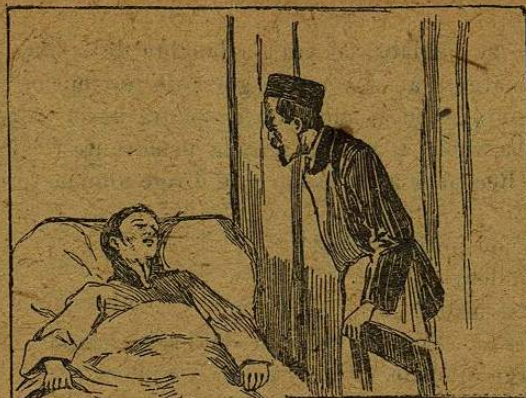
Tiene diez años. Vuelve de un alegre paseo con el guarda; pero allí, en un rincón del bosque, la vieja

Salé, con la podadera en la mano, le acecha, sentada sobre su haz de leña. Jack quiere huir. . . . la vieja se lanza detrás de él, le "da caza. . ." terrible, por el inmenso bosque, tan obscuro ahora que desciende el ruido bajo los árboles. El corre, corre. . . La vieja va más de prisa que él. . . Jack oye su paso que se acerca, el roce de su haz en la madriguera, su respiración entrecortada. Por fin lo coge, lucha con él, lo tira al suelo, y con todo su peso, se sienta sobre el pecho del niño y lo aplasta con su leña llena de espinas.

Jack se despertó sobresaltado. Reconoció la gran sala alumbrada con lamparillas, aquellas camas simétricas, aquellas angustiosas respiraciones, aquellas toses desgarrando el silencio. Ya no soñaba; y sin embargo, sentía el mismo peso en su cuerpo, algo frío, inerte, siniestro, que los enfermeros que corrieron á sus gritos, se apresuraron á quitar colocándolo en la cama vecina, corriendo las cortinas alrededor con un lúgubre chirrido.



«¡Jack, soy yo..... soy Cecilia!»



XI

No vendrá.

—¡Vaya un dormilón!... ¡Vamos, “Once duplicado,” á despertarse!... La visita.

Jack abre los ojos, y lo primero que hiere sus ojos es la ropa, inmóvil y caída de la cama vecina.

—Vamos, que, según me han contado, famoso susto se ha llevado usted anoche!... Ese desgraciado que cayó sobre su cama de usted agitándose en la agonía... Comprendo que ha debido usted emocionarse mucho... Vamos á ver, álcese un poco que le examine... ¡Oh! ¡Oh! ¡Qué débiles estamos!